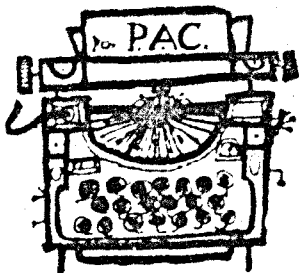


escrito a máquina

El Caudillo y
su crepúsculo

Un Partido En la Barra



En su discurso en los funerales del Gral. Chamorro, mi hermano José Joaquín Quadra planteó un tema apasionante para historiadores y sociólogos al afirmar que, con la muerte de Emiliano, terminaba "el último caudillo de América".

Es una de esas afirmaciones que poseen carga expansiva, porque están inexpresadas en la conciencia de todos y también porque al producirse parecen levantar de pronto el telón de todo un vasto escenario histórico. En este caso, aparentemente, se trata del escenario de una época. "Con Emiliano muere una época", oí decir numerosas veces en el entierro. Pero, si profundizamos un poco nos damos cuenta que más bien se trata de la confluencia y el choque de dos épocas. La muerte "del último caudillo" ha vuelto a revelar —dramáticamente— que cruzamos lo que los marineros nicaragüenses llaman una "barra": el peligroso encuentro de dos corrientes históricas, es decir: el reflujó de una edad que ya acabó hace años y cuyas últimas reacciones encarnó Emiliano, y la corriente nueva y fuerte que se abre paso al mar de la historia.

Pero, antes de hacer un breve esbozo de esa agitada "barra", aclaremos conceptos y definamos lo que queremos decir con la palabra "caudillo", porque naturalmente, y como acepción derivada, siempre se seguirá llamando caudillo al hombre de arrastre popular. Pero el "tipo" sociológico y político que encarnó Emiliano no es ese, sino un tipo histórico de contornos muy precisos y muchas veces abordado por nuestros historiadores aunque no siempre comprendido.

El "caudillo" hispanoamericano y el "caudillismo" típico que produjo son degeneraciones románticas de raíces muy hondas en nuestra formación histórica. No hay que confundir, sin embargo, las diversas etapas y circunstancias que llevaron a nuestra América a producir ese "tipo" de conductor de pueblos. Al comienzo de la formación de América y debido a las condiciones en que se realizó la conquista, el español tuvo que resucitar en nuestras tierras el tipo "cideano", la vieja jefatura medioeval estilo Mío Cid (Cid viene del árabe "sidi", señor o caudillo) porque la conquista de América se realizaba, por una parte, en un sistema de guerras particulares, de pequeños ejércitos o huestes cuyo destino giraba todo alrededor de la osadía y del valor del Capitán, y por otra parte, porque se enfrentaba a unas culturas donde también predominaba ese comando cideano en los Caciques. Yo diría que cuando el cacique montó a caballo, cuando la viejísima jefatura indígena se mezcló con el "mester de caballería", o bien, viceversa, cuando el Cid se hizo cacique, comenzó a perfilarse el tipo "Caudillo" de hispanoamérica. Y eso sucedió cuando la unidad de América fue descoyuntada y reapareció la necesidad de la guerra particular, en la gran Guerra de la Independencia.

Había sido destruida la autoridad mítica del Rey. Inmediatamente brotó, para llenar ese gran vacío, un tipo de señorío elemental y espontáneo. Perdido, por la erosión bélica y revolucionario, el orden institucional, quedaban al aire, en el sentimiento del pueblo, las dos raíces milenarias de su obediencia: seguía al Cid-Cacique.

Y fue en esa etapa inestable y guerrera inmediatamente posterior a la Independencia donde se formó, hasta convertirse en el prototipo de conductor hispanoamericano, lo que hemos llamado "Caudillo". Lo alentaba la corriente romántica que circulaba en nuestra cultura. Por eso, a la generación de 1834 se le llama en la Historia de nuestra Cultura Hispanoamericana, la generación "del romanticismo y del caudillismo". Al tipo cideano y caciquista lo aureolaba la concepción típicamente romántica del "hombre providencial".

El Caudillo era un hombre de campo. (En el ilustre origen cideano, cuando todavía era epopeya ser caudillo, se llamaba "campeador": CAMPI-DOCTUS, doctor campal). Su relación humana de dirigente brotaba de las relaciones campales. Era el hombre a caballo con su tropa, que convertía la guerra en una especie de hacienda en armas con todas las relaciones mutuas que esto significa. Y el campesino era, simplemente, el hombre de machete que ocupaba su instrumento de trabajo en instrumento guerrero. Los "lanceros" de Venezuela o de Chontales amarraban sus cutachas a una caña de huiscoyol. Había en el pueblo campesino una subconsciencia de "hombre armado" (y todavía la hay) en esa ambivalencia de su machete, arma que, como decía Alberdi, le daba la idea de "llevar el Gobierno consigo". Cuando se unían los machetes en la fidelidad de un hombre, surgía el Caudillo y comenzaba la revolución. La palabra "tropa" —cuyo sol va se ocultó en Nicaragua ante otras palabras militares más técnicas— está llena de TROTE de gente de a caballo, de TROPEL y estampida de haciendas ganaderas, de ATROPELLO porque cada Caudillo con su tropa era su propia justicia y su propia e ilimitada libertad.

Pero todas esas formas de comando, de dirigencia y de guerra suponían unas circunstancias

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

muy especiales: Suponían, en primer lugar, falta de comunicaciones. Suponían armas de poca eficacia en el enemigo. Suponían regímenes de vida patriarcal. Ciudades con entera dependencia del aporte rural y campesino . . . etc. ¿Cuando todas esas circunstancias terminaron, el típico Caudillo hispanoamericano, con toda su aureola romántica, se hundió en su ocaso, aunque ese hundimiento supuso un largo crepúsculo de nostalgia en un gran porcentaje de mentalidades!

El General Emiliano Chamorro todavía pudo, en su primera juventud, crear su perfil de caudillo con la luz de esas viejas circunstancias que estaban a punto de sucumbir en Nicaragua. Si queremos usar una terminología realmente histórica el Caudillo murió mucho antes que el General Chamorro. Y por este motivo yo creo que el aspecto más interesante de la biografía de Emiliano es su lucha por darle sobrevivencia a algo que ya había terminado y el instinto que tuvo para lograrlo.

Ahora podemos comprender por qué decía que el General Chamorro es una figura que se produce en la escarpa de dos épocas. En su juventud Chamorro alcanzó a vivir esa etapa de historia que hemos esbozado cuyas condiciones todavía favorecían la aparición y desarrollo del caudillismo. Todavía era posible la guerra campal en un país sin comunicaciones, la relación hacendada y caballeresca de peón y patrón, la vieja sociedad rural, la contraposición romántica de Libertad contra Tiranía sin ninguna otra complicación ideológica y sociológica . . . etc. Pero esas condiciones que hicieron posible en la juventud de Chamorro sus tres o cuatro grandes rasgos heroicos y guerrilleros, terminaron definitivamente después de la Intervención Americana, y en el período que vio formarse un Ejército moderno con armas de precisión, surgir la aviación, extenderse las comunicaciones internas, concentrarse las poblaciones en las ciudades, aparecer las organizaciones obreras, desarrollarse la técnica y la industrialización, y estructurarse un tipo de gobierno fuerte que acaparó esas condiciones nuevas, forjando un sistema de intereses capitalistas y plutocráticos revolucionario para las relaciones humanas de los nicaragüenses.

El General Chamorro en esta segunda y larga etapa de su vida —cada vez más anticaudillista en sus estructuras —supo mantener vivo el recuerdo de la anterior y con ello su aureola de Caudillo: utilizó con instintiva eficacia la NOSTALGIA y la AMENAZA, sombrero hábil que el pueblo encerraba con un vocabulario todavía mágico, en la fórmula del “trompo enrollado”. El viejo General Chamorro mantuvo vivo al joven General Chamorro en la mente imaginativa de su pueblo, dando a suponer revoluciones, alentando

su rumor o encendiendo conatos en un vivac romántico y casi novelesco contra la Tiranía: su eterno y quijotesco rival.

Tanto más extraordinaria resulta esta lucha de sobrevivencia del “caudillismo” si se observa que Emiliano la realiza dentro de un partido cuya tendencia natural es hacia la oligarquía. Emiliano pudo contrarrestar el anti-caudillismo oligárquico conservador soplando las brasas rurales y campesinas de las masas del Partido Conservador en cuyos corazones todavía era posible añorar el pasado.

Pero si ese Partido no entierra con el Caudillo ese pasado, que sobrevivió debido solamente a una figura no por crepuscular menos original y extraordinaria, el Partido quedará fuera de la historia.

Y esa es su actual y dramática disyuntiva . . .
PABLO ANTONIO CUADRA